

# Testimonio para la Biografía de Luis Fabio Xammar

Por ALBERTO TAURO

Desde la "alta niebla" que hendió, antes de consumir su ritual comunión con la tierra, Luis Fabio Xammar extiende sobre la vida una apacible mirada; porque se encuentra definitivamente arraigado a ella, gracias a la sobria y pánica belleza que logró verter en sus libros; y porque supo vivir con cierta elegancia pagana, sin hesitaciones ni treguas, apurando con fruición cuanto hace grato el cotidiano discurso. Palabras, rostros y lugares mantienen la vibración que suscitó su paso, todavía perceptible a la vista y libre del polvo que sedimentan las crónicas, las devociones eruditas o los callados recuerdos. Su estampa permanece fiel a la cita de la risa, de la metódica alegría en que suelen ahogarse las más hondas y permanentes cavilaciones. Aun brilla su mirar ambiguo, luciendo el hastío que inspiran las cosas menudas y lejanas, o el defensivo repliegue de la sensibilidad. Y hélo ahora, serenamente colocado sobre la vida, al margen de la diaria pugna que estorba el banquete a cuya puerta aguarda la humanidad; pero irremisiblemente asido a la memoria, y enlazado a las proyecciones de un sino clausurado.

Rindió sus mayores esfuerzos en el afán de ejercer con dignidad y perfeccionar su oficio de hombre. Y viejos recuerdos, sorpresivamente avivados, me dejan asistir al comienzo y el desenvolvimiento del camino que esos esfuerzos allanaron. Yo no había aliviado aún mi perplejidad de alumno novato, y algo se sobrecogía en mi ánimo al trasponer cada día los severos muros del Colegio de la Inmaculada; o al ocupar mi asiento en una banca delantera del templo donde retumbaba la voz admonitiva del sacerdote que había mascullado un latinajo incomprensible. Había pasado el orgullo que me invadiera al aprender mi primera lección de memoria: me quedaba la pesadumbre de la recitación puntual que se nos exigía entonces; y, sobre todo, la que me inspiraba aquella solemne autoridad de mis maestros, tal vez sabios y honestos, pero excesivamente dóciles a sus propias recetas y por eso muy distantes del mundo en que discurría mi intelección. Y empecé a esperar el momento en que me fuera dado ocupar en el templo una de esas bancas posteriores, reservadas a los alumnos del último curso. Era el año 1921. Los alumnos del primer año encontrábamos en las horas de recreo a los de segundo y tercero. Poblábamos de gritos el mismo patio triangular, cubierto

con rojizos ladrillos que el retozo había desgastado, y sobre el cual se extendía en un ángulo la sombra protectora de un amplio alero. Allí había juegos comunes, pero eran muchos los alumnos que ya formaban sus grupos a fin de hacerlo en un rincón apartado, o preferían platicar entre sí o con el maestro. Y de los escolares que a la sazón cursaban el segundo año de primaria, recuerdo nítidamente algunas imágenes: uno de ellos, de rostro bruno y voz atropellada, que repetía el curso, guapeaba a los nuevos, provocando las risotadas de una cohorte estrepitosa; otro llevaba todavía peluca y hurtaba el frágil cuerpecito de cuanto pudiera trascender a camorra; y, ganada ya la autoridad que en la vida escolar confiere el aprovechamiento, Luis Fabio Xammar evitaba las estridencias del recreo. A distancia parecía más pronunciado el arco de sus piernas, e imagino que alguna vez sonreiría ante el consejo del sacerdote que le recomendaba el juego para corregir la pesantez de sus espaldas. Era un estudiante ensimismado, y quien sabe si algo triste. En esas concertaciones mensuales que sucesivamente mantenían los alumnos de cada año ante las secciones de primaria o media, abandonaba muy serio su banca, para recibir de manos del Padre Superior los diplomas de aprovechamiento y buena conducta; o, cuando era distinguido con el premio de "excelencia", permanecía muy circunspecto al pie del estrado, luciendo al cuello una ancha cinta bordada con hilo de oro, y el extraño cobre de su cabello y de su rostro pecoso ostentaba destellos que después homologué a los de un crepúsculo del Mediterráneo.

Pasaron los años. Luis Fabio Xammar había afianzado su precoz seriedad. Ciertos días era llamado a la oficina del Padre Prefecto, que fungía como director de estudios, y por experiencia propia supe que entonces se le confiaba el traslado de las notas a los registros. Pertenecía a la Congregación de San Luis Gonzaga, que tenía instalada una biblioteca circulante en una pieza a la cual nunca ví entrar los rayos del sol, y donde a veces lo hallé controlando la recepción y entrega de volúmenes. Allí acudí, seducido por la fácil armonía de algunas poesías escolares, y en sus libros hice las primeras lecturas sujetas a mi iniciativa personal. Bien pudo ser él quien atendiese mis reiteradas peticiones, desde que gusté, en 1926, los dulzones versos de José María Gabriel y Galán. Y en 1929, cuando Xammar concluía sus estudios, fué plausiblemente elegido para ocupar la Prefectura de la Congregación. En la pequeña capilla, donde alguno de mis compañeros de estudios sorprendió un legítimo vino de misa, presidió los ejercicios piadosos que una vez a la semana tenían lugar al caer la tarde, y que yo seguía con indolencia, pues nunca supieron explicarme debidamente el sentido de sus fórmulas.

Coincidencias y afinidades, que hoy asoman a la conciencia en el curso de una placentera evocación, contribuyeron a precipitar un acercamiento de los equidistantes caminos que hasta entonces habíamos seguido. Y aunque eventualmente mantuviésemos diferencia de opiniones y actitudes, ello demuestra cómo persistió la dirección común, hasta que punto fue vital y definitorio el encuentro en empresas semejantes. Diversas pudieron ser la tónica y la trascendencia

humana, diferentes la intensidad y las proyecciones de tales actitudes y empresas, pero en alguna ocasión las presidieron símbolos semejantes, y con frecuencia tendieron a los mismos temas: porque reconocían como propio el campo de la cultura nacional, y su horizonte era el de la esforzada superación. Quién diera a saber el anheloso desconcierto que motivó la desaparición de Luis Fabio Xammar, cuando ya aparecían netos y seguros los perfiles de aquella difícil obra que es la propia vida.

Así, neta y segura, resonó también su voz, en la tarde del 23 de diciembre de 1929, al pronunciar unas "palabras de despedida" en nombre de los alumnos que ese año terminaron sus estudios en el Colegio de la Inmaculada. Están insertas en la "memoria" correspondiente; y a continuación aparecen unos fragmentos de mi primer ensayo, un emocionado elogio de la perennidad que el hombre alcanza a través de sus creaciones artísticas o literarias. Aún no sabía que Miguel de Unamuno las explicaba como frutos del ansia de sobrevivencia que induce a confiarse en la fe, el amor o las obras; pero intuía el "sentimiento trágico" del mortal que siente pasar la vida y deja crecer su "sed de ser más" y de perfeccionarse en la realización de sus propias potencias; e imaginaba que los triunfadores debían persistir en su lucha, haciendo suyo el lema —¡Excelsior!— de aquel heroico abanderado que, insensible al dolor y la sangre, llevaba más lejos y más alto su enseña ondulante. A poco, Luis Fabio Xammar asoció con José Alfredo Hernández para tentar su primera empresa editorial, y adoptó como epígrafe un latinismo —*Sursum*— que simbólicamente traducía un análogo estado de conciencia. Luego, el 23 de diciembre de 1930 me correspondió, expresar el mensaje de la promoción que entonces egresó de las aulas escolares, en tanto que Augusto Tamayo Vargas lo interpretó en versos donde ya alentaba la promesa.

Los galardones que fácilmente obtuvo durante la vida escolar, se proyectaron netamente en la pujanza y el franco optimismo que Luis Fabio Xammar demostró en los actos cumplidos al trasponer las aulas, y quien sabe si lo estimularon a proseguir cosecha semejante en predios más vastos. Acercóse, con natural vehemencia, a entidades y personas que oficiaban destacadamente en la coyuntura cultural del país. Y, aparte de la Universidad, sentó su real en la Acción Social de la Juventud, cuyo heterogéneo carácter no impedía que se la reputase como asociación de estudiantes católicos, y cuya sede frecuenté con muy dilectos amigos a la hora en que los resplandores vesperales ponían término a nuestras tareas escolares y nos incitaban a la recreación. Recuerdo exactamente que en su biblioteca ví por primera vez algunos ejemplares de la *Revista de Occidente*, y que fue en su ámbitos donde tuve noticia del neogonismo surgido en la poesía española, donde recogí algunos ecos de las conferencias sustentadas por Waldo Frank en el Teatro Excelsior, de la frustrada visita de Keyserling a nuestro país, y del debate suscitado en torno a *La Decadencia de Occidente*. Allí, en un certamen literario organizado entre los socios, obtuvo Luis Fabio Xammar el segundo premio de poesía, con "poemas de la adolescencia", que parcialmente incluyó después en *Pensativa-*

mente, en tanto que el primero correspondió a Carlos Cueto Fernandini por sus *20 centímetros de letras pequeñas*. Allí le escuché una conferencia sobre las nuevas orientaciones de la poesía, y aunque la común tradición romántica de nuestra educación literaria me hizo asentar a muchas de sus opiniones, reconocí justo el revuelo causado por la desdeñosa suficiencia con que enjuició los movimientos vanguardistas, y más cuando motejó de "jóvenes internacionalistas" a los poetas que cultivaban las escuelas en boga. Allí —por iniciativa de José Alvarado Sánchez, Carlos Cueto Fernandini y Luis Felipe Alarco— nació el grupo "Vertical".

En función de las afinidades literarias de los promotores, interpreté el nombre dado al grupo como una figuración vanguardista. Pero muy distinto y sugestivo me pareció su fundamento cuando trabé relaciones con una filosofía propiamente dicha, y cuando empecé a vivir la actualidad cultural. Ya había especulado Félix Le Dantec en torno a la vertical, provocando la sesuda y elocuente confutación que a poco escuché a Víctor Andrés Belaúnde —en el curso de una conferencia auspiciada por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Mayor de San Marcos—, y las reflexiones del perillustre bilbaíno que a través de su independencia logró una vertical aproximación a la sabiduría. Evidentemente, el símbolo tenía jerarquía; y, aunque la existencia del grupo fuera bastante efímera, tengo por cierto que la confrontación recíproca significó para todos una perdurable experiencia. A ella está ligado Luis Fabio Xammar, quien disertó sobre "El sexualismo en la novela" —durante la reunión efectuada el 21 de febrero de 1930—, fundiendo en un solo haz las adversas opiniones que le sugirieran la lectura de Zamacois, Barbusse y Guido da Verona; y, como sus juicios sobre la poesía de vanguardia, tales opiniones estaban inspiradas por la trascendencia de las enseñanzas escolares, por una resuelta negación de cuanto se apartara hacia otra orilla de la vida; pero aquella tarde le salí al encuentro, para sostener que el sexualismo de Barbusse denotaba cierta especie de inquietud metafísica, recorría un ilustrativo mapa social y estaba realizado en un estilo ajeao a la condenable vulgaridad de quienes explotan con su literatura los instintos del pueblo. Hoy no deja de sorprenderme esta discrepancia, pues aún no había leído a Victor Hugo para no violentar las disposiciones del *Index Librorum Expurgatorum*, y, sin saber cómo, me hallé en terreno tácitamente vedado, dueño de criterios y normas que sólo podían explicarse apelando a una libertad del espíritu que creía comprometida. Pero siguió una coincidencia, porque esa misma tarde fui designado para disertar en la siguiente reunión del grupo —28 de febrero de 1930—, y en esa oportunidad incursioné también en la novela contemporánea, al tratar sobre "Literatura antibélica".

Empresa del grupo fue *Vertical*, revista mecanografiada que Arturo Jiménez Borja ilustró con finos dibujos, y a la cual es preciso reconocer la virtud de haber coleccionado los trabajos iniciales de quienes participamos en esa aventura, así como el valor de ser legítimo antecedente de los esfuerzos editoriales que unos y otros acometimos después. Sus escasas páginas se abren

con sendas interpretaciones del símbolo definitorio del grupo, debidas a Carlos Cueto Fernandini y Luis Felipe Alarco; sigue un fragmento de aquel ensayo mío antes mencionado, una prosa donde Luis Fabio Xammar se aproxima al denostado vanguardismo, un poema de Augusto Tamayo Vargas y una elegante divagación lírica de José Alvarado Sánchez, amén de otras piezas. Pero, al aparecer *Vertical*, ya era notoria la ausencia de Xammar en las reuniones del grupo. Se alejó, para herir con armas propias la sensibilidad de la fama, y en mayo de aquel año editó *Sursum*, compartiendo responsabilidades con José Alfredo Hernández. Por otra parte, la reanudación de las labores escolares detuvo la actividad del grupo; y como su formación había sido posible merced a la existencia de inquietudes comunes, surgió la necesidad de romper la claustración impuesta al que debió ser su órgano. Entonces nació *Prometeo*, cuyo patrocinio asumimos Augusto Tamayo Vargas, Ernesto Gastelumendi Velarde y yo, con la inapreciable e incógnita cooperación de José Alvarado Sánchez. Su aparición fué saludada por Luis Fabio Xammar en el tercer número de *Sursum*, con gentileza que su voluntario alejamiento no inducía a esperar, aunque en términos desconcertantes:

Por encima de las mezquinas rivalidades económicas o de amor propio, existe la unión perdurable y sincera de unos mismos ideales. Y así, hoy, nos alegramos profundamente de poder saludar la aparición de *Prometeo*, porque sentimos íntimamente la comunidad de un mismo espíritu.

Mas nada hay tan bello en la vida como la lucha: es la máxima afirmación del *hombre*; por eso deseamos a *Prometeo* que —sin la pequeñez de una clasificación partidarista— tome una actitud de combate en el terreno de las ideas, con ese mismo brillo con que puede conquistar su puesto en el campo literario.

No pudimos entender cómo nos afectaban las “rivalidades económicas o de grupo”, ni las implicaciones de “una clasificación partidarista”: porque al Colegio de la Inmaculada llegaban sólo unos débiles ecos del enconado personalismo que inspiraba a *La República* en su oposición al régimen leguista, y apenas alcanzábamos a explicar, como fruto de animadversión o error, el hecho de que se apresara a personas que merecían nuestras estimación; y, por otra parte, nos era ajeno el desvelo que pudiera conducir a la quiebra del igualitarismo que habíamos aplicado en la formación del grupo “Vertical”. Pero aquel saludo en que se aliaban la generosidad y la reserva, la declaración de coincidencia y el anuncio de sofocados antagonismos, nos revela cuán dramática y compleja era entonces la vivencia de Luis Fabio Xammar. Una posible situación de inferioridad ante los valores económicos, lo hacía presumir que entre nosotros existían rivalidades sustentadas en ellos y, muy significativamente, ansiaba colocarse “por encima” de sus efectos. Y dijérase que la persistencia en el monólogo, unida a la crisis psicológica de la adolescencia,

había dado a su espíritu una tónica y una tensión, tan individuales, que el menor contraste las relajaba y lo volvía a desear su aislamiento, pero incitándolo, al mismo tiempo, a idealizar la convivencia.

En verdad, nuestra iniciación editorial, y tanto las eufóricas declaraciones de optimismo como la expresión de los ideales comunes, sólo fueron posibles merced al bondadoso y acogedor mecenazgo que ejerció don Carlos Vásquez L., propietario de la imprenta donde aparecieron *Sursum* y *Prometeo*, y donde Xammar dió a la estampa sus dos primeros libros. Recuerdo que, al solicitarle condiciones para la impresión de nuestra revista, nos miró por encima de sus anteojos, hizo algunos rápidos cálculos sobre un papel, y nos fijó un precio equivalente al tercio del exigido por otras imprentas que habíamos visitado. Pero *Sursum* no llegó al cuarto número, que debió corresponder al mes de agosto de 1930, porque sus ediciones salían retrasadas y en aquel mes ligóse la crisis política y universitaria al creciente malestar económico del país. Y, concluída nuestra estación en el colegio, también hubimos de interrumpir la aparición de *Prometeo* cuando sus editores fuimos requeridos por la preparación del ingreso a la Universidad, y por nuestra actuación —como testigos o actores— en las agitaciones que durante dos años conmovieron la vida del claustro sanmarquino.

Desde el estallido de la crisis de 1930, empezamos a vivir muy intensamente. Gruesas noticias en el desayuno, manifestaciones callejeras al caer la tarde y, en todo momento, figuras cuya actitud conductora no lograba convencer. Sorprendidos en el trance de optar por un camino, escrutamos afanosamente en todos los aspectos de la vida que en forma tan descomunal nos revelaba sus contradicciones, y quisimos filiar con exactitud la índole de la crisis. Hojas volantes y periódicos, libros y revistas, manifestaciones y asambleas tumultuarias, conferencias y exposiciones, todo nos interesaba porque detrás de una incidencia o una frase esperábamos un jirón de la verdad. Empezamos a conocer hombres y nombres, unas veces a distancia, otras veces acercándonos a escucharlos. Y como a un remanso acudimos algunas tardes al Salón de los Independientes, albergado por Isabel de Jaramillo —cuyo nombre era repetido con aplauso, debido a la originalidad de las acuarelas en que había interpretado las poesías de José María Eguren— en una salita interior del amplio local que en la calle Mercaderes ocupaba la casa Columbia. Casi nunca faltaba el nimio y dulce poeta de *Simbólicas*, cuya mirada se encandilaba ante las reidoras amigas que le hacían coro. Y al lado de otros escritores y artistas noveles encontramos allí a Luis Fabio Xammar, cuyos versos juveniles, auspiciosamente prologados por Alberto Ureta, tentaban ya las veleidades de la crítica. A esos versos, que *Pensativamente* traen memorias de Kempis y de una melancólica soledad, dedicó *Prometeo* —Nos. 3-4, agosto-setiembre de 1930— un cálido y extenso comentario, que por acuerdo del grupo corrió a cargo de José Alvarado Sánchez. Y en seguida nos fué dado ofrecer —Nos. 5-6, octubre-noviembre de 1930— un anticipo de *Las Voces Armoniosas*, que dos años más tarde anunciaría Xammar como un acto final de su devoción a

la poesía, generosamente inclinado a contribuir en la decisión de la coyuntura política.

Carlos Cueto Fernandini juzgó que la renuncia al intimismo poético podría dar a *Las Voces Armoniosas* el valor de un hito, colocado "entre dos estilos, entre dos pensamientos en radical oposición". Y supuso que "la emoción social" habría de conducir la voluntad de Luis Fabio Xammar según el "verdadero sentido de nuestro tiempo". No quiso aplicarle la etiqueta correspondiente a cualquiera de los *ismos* que la agitación política hacía proliferar en aquellos días. En verdad, ninguna le habría ajustado, pues, antes que iniciar una "radical oposición" a su anterior estilo de vida, Xammar parecía gravitar hacia un conservatismo de cuño muy distinto al conocido en nuestro país. A ello lo predisponían sus convicciones católicas, su desdén por la actitud iconoclasta que en la literatura aplicaban los escritores vanguardistas, y su perplejidad ante las violaciones de la censura convencional; sus demandas de espaldarazo, sucesivamente planteadas a Alberto Ureta y Víctor Andrés Belaúnde, el poeta de la inquietud metafísica y el notorio contradictor del socialismo; su aparente menosprecio de los valores económicos, cuyos privilegios idealizaba en su fuero interno, y su prevención contra "la pequeñez de una clasificación partidarista".

En 1931, cuando la juventud empujaba su rebeldía, Luis Fabio Xammar meditaba su decisión. Se mantuvo alejado de las asambleas universitarias, que vocingleramente discriminaban el crédito de los viejos maestros; contempló sin entusiasmo la participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad; y su renuencia a la discusión de los hechos podía tomarse como disenso o como auscultación de un punto de vista, pero no parecía conformidad. Exactamente lo recuerdo, porque alguna vez escuché, absorto, los comentarios que en torno a la situación universitaria hicimos, Augusto Tamayo Vargas y yo, durante el intervalo que su llegada impuso a los estudios que efectuábamos, en compañía de Alfredo Martínez, para preparar nuestro ingreso a San Marcos. Fué en la casa de éste último, que colaboró en *Prometeo* con una serie de anécdotas arrancadas a nuestra historia y con algún poema, que trazó el cartel lucido en la portada de *Pensativamente*, y que, atento a sus problemas interiores, no solía participar en debates de tal índole. En todo semejante a la que ocupaba Luis Fabio Xammar —de quien Alfredo Martínez era arrendatario y vecino—, aquella casona de la Calle San Sebastián ostentaba arquitectura y planta de tiempos pasados: severo portón, zaguán, reja, patio a uno de cuyos ángulos se hallaba una habitación con ventana hacia la calle, y principal. Pero algunas diferencias daban carácter a una y otra. El portón plenamente abierto, o sólo el discreto postigo; el zaguán empedrado y con una senda de baldosas, o luciendo la grisácea lisura del cemento; la reja guardada por un perrillo ladrador, o por astutos y reilones negrillos; el principal, con baranda a la cual se asían esbeltas ramas que se alzaban desde una hilera de macetas, o desnuda. Y, en rigor, no era la casa de Xammar la que ostentaba entonces apariencia más vistosa y acogedora. Desde hacía muchos

años faltaba en ella la firmeza de una autoridad que rigiera sus destinos. El jefe de la familia, abatido por la muerte en 1914, había dejado teznamente prendido al dolor de su ausencia el pensamiento de la madre; y, con la voz que hace amable el pan, hubo de faltar allí el calor hogareño, la gracia y la sal de la vida. Por eso afectaba Luis Fabio Xammar una prematura seriedad, durante su tránsito por el colegio; por eso era un estudiante ensimismado y triste. Y como gracias a la poesía eludió la dura realidad, para ocupar un lugar en ésta creyó necesario renunciar a la poesía.

Hémos, al fin, en los claustros sanmarquinos. Pero sólo como alumnos de una sección preparatoria, establecida para investigar el estado de la educación secundaria y para hacer menos azarosa la comprobación de los conocimientos de los postulantes a estudios universitarios. Elegimos delegados, efectuamos asambleas, tachamos profesores; después de absolver tres cuestionarios, durante los tres meses a los cuales se extendió el ciclo de preparación, unos pasamos a hacer estudios de facultad, en tanto que otros solicitaban que se bajara la norma mínima para liberarse del examen de ingreso. Unas experiencias se empalman y confunden con otras, en las memorias de aquellos días. Y nuevos figurantes desfilan en sus episodios, asociados a quienes integramos el grupo "Vertical". Carlos Pareja Paz-Soldán, vivaz y a veces burlón, siempre acompañado por José Gálvez Ayarza; José María Arguedas, que guardaba luto por su padre y no se adaptaba todavía al ritmo de la vida limeña; Emilio Champion, breve en palabras pero acreditado como interlocutor comprensivo; Manuel Moreno Jimeno, inquisitivo y ejemplarmente afable; Luis Valle Goicochea, angustiado entre los papeles de la secretaría y anunciando sus afinidades espirituales en la serenidad de su mirada; Ricardo Luna Vegas, tan modoso y cuidado como si vistiera traje dominguero; Adrián Mendoza, que invadió los predios de la novela para presentarse a un frustrado concurso; y tantos otros, que ansiábamos descubrir los horizontes de la cultura contemporánea, y queríamos exigir a nuestros profesores que pudieran satisfacer la más ansiosa curiosidad. Vimos, en 1932, a los alumnos de una renovada sección preparatoria, cuando el país asistía a una irresoluble oposición de tendencias políticas y veía asomar una dictadura tras la amenaza o la prevención de la ley de emergencia; y, con menos alternativas, aquel ensayo de exploración y orientación educacional contó entre sus profesores a Carlos Oquendo de Amat y Luis Fabio Xammar, que desarrollaron el curso de Gramática Castellana. Pero aquella iniciación en la docencia, y aún nuestros mismos estudios, fueron interrumpidos por un motín que ocho marineros expiaron con sus vidas, por la forzada clausura de la Universidad, y por la relajación de la convivencia civil. A despecho de cualquier vocación personal, imponíase ostensiblemente la incitación de la política, a la cual fué Xammar tan sensible en esos días.

De pronto, un requerimiento inesperado alteró sus propósitos. Debíó trasladarse a las alturas de Yanahuanca, para subsanar la defección del arrendatario que hasta entonces había explotado la hacienda dejada por su padre. Y

allí supo encontrar el molde y la sazón de su vida. Lejos de los embaidores incentivos de la ciudad, y acalorado por la adhesión de gentes sencillas; lejos de los tornátiles giros que exige la abundante actualidad de la cultura, y familiarizado con unos pocos libros ejemplares a los cuales extrajo esencias magistrales; lejos de las estridencias, y aguzado el sentido en la captación de la belleza natural. Allí encontró su propia senda, y volvió a la poesía con el recato y la ternura de quien vuelve al primer amor, para instituir la en regente de su actitud. Y desde la intolerancia evolucionó hacia el gesto displicente, desde la mística hacia el escepticismo que desemboca en la especulación racionalista, desde la agresividad hasta el humorismo pungente; así como habría de evolucionar, desde la contemplación y la pintura sentimental de la tierra, hacia la investigación de sus valores.